

Un amor abocado al abismo

El matrimonio de los Fitzgerald, una condena inevitable

► «La muerte de la mariposa» rescata la turbulenta historia de la icónica pareja que formaron Scott y Zelda

ALEJANDRO DÍAZ-AGERO
MADRID

Francis Scott Fitzgerald y Zelda Sayre encajaron su relación con la armonía con que lo hacen un candado y su llave. Él, verso libre fracasado por autoimposición desde que escribiese su primera línea, era el candado. Ella, la chica más cortejada de Alabama, era la llave que abría la puerta al éxito. Si no conseguía que lo admirasen por su literatura, que al menos lo envidiasen por su consorte.

Es ésta una relación que perfectamente podría ser novelesca, aliñada como está por la adicción al alcohol de uno y la esquizofrenia de otra. Quizá por resarcirse, el italiano Pietro Citati ha escrito «La muerte de la mariposa» (Gatopardo), un libro que acaba de aparecer en España y en el que documenta los altos y bajos –nunca hubo punto intermedio– del romance.

Aficionada a escribir como era Zelda, dejó constancia de su sentir en el primer contacto con su marido en ciernes: «Estar junto a él, con la cara entre su oreja y el rígido cuello del uniforme, era como ser introducido en los almacenes subterráneos de una tienda de preciosas telas, que destilan la delicadeza de los percales y los linos, y de los lujos envueltos en sacos».

Fue en un baile en Montgomery en julio de 1918. Zelda tenía dieciocho años. Fitzgerald, a punto de cumplir veintidós, era primer teniente de infantería.

Mientras él la agasajaba con ilusión, ella no le correspondía: se sabía su mejor regalo. Comenzó entonces a bullir el alcoholismo de Fitzgerald como paliativo contra el dolor que le producía que su querida flirtease con otros hombres. Con todo, Zelda se sabía preñada: él le permitía ver y palpar el mundo más allá de la frivolidad de su coqueta fachada. Se casan el 3 de abril de 1920 y tienen una hija: Scottie.

Se afanan entonces en regar con ginebra y ron innumerables noches de despilfarro en sociedad hasta que la curda ejercía efecto y disfrazaba un vínculo forzado de pasión. Zelda era también

indispensable para el buen hacer literario del escritor. Se conoce que Fitzgerald copiaba las cartas y los diarios de ella para incorporarlos a sus libros. Y cuando no encontraba a los personajes de «El Gran Gatsby», ella los dibujaba hasta que le dolían los dedos.

Punto de inflexión

El punto de inflexión llega en el verano de 1924, durante una estancia en la Costa Azul. Allí Zelda conoce a un joven aviador francés que le

hace replantearse su matrimonio. La ira de su esposo anestesia los brotes de aquel nuevo amor, pero el golpe terminaría evidenciando los primeros retazos de inestabilidad en Zelda: es muy probable que intentase suicidarse.

Fitzgerald, que estaba al tanto, publica el 10 de abril de 1925 «El Gran Gatsby». Ella había logrado conducir su vida a través del baile, con el que se obsesiona de tal manera –llega a dormir con los pies atados forzosamente para moldearlos– que alimenta su esquizofrenia. El 23 de abril de 1930 ingresa por primera vez en una clínica psiquiátrica. Sólo 20 días después, se pro-

duce su segunda tentativa de suicidio.

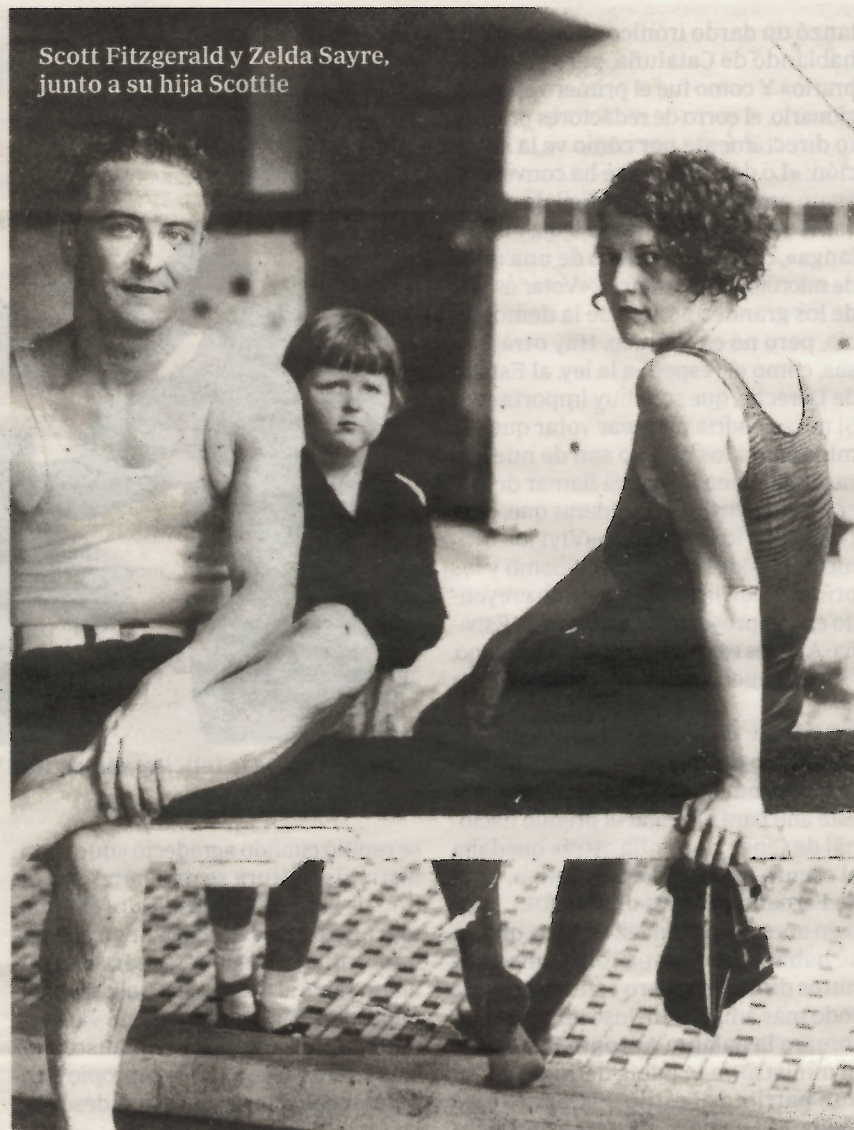
Esta doble furia que auspiciaron el alcohol y la esquizofrenia precipitó escenas como que Zelda acusase a su marido de mantener un romance con Hemingway. Turbado, Fitzgerald trató de probarse a sí mismo su virilidad con una prostituta primero y, más tarde, se enamoró de una cría de 17 años.

Esquizofrenia

Fitzgerald, sobre Zelda: «Los enfermos mentales son simples invitados en la tierra, eternos extranjeros que llevan consigo decálogos rotos que no saben leer»

Alcohol

Decía Fitzgerald que, mientras estuviese junto a Zelda, estaba condenado a beber sin descanso. Sólo fue capaz de dejarlo con ella internada en una clínica psiquiátrica



Scott Fitzgerald y Zelda Sayre, junto a su hija Scottie



«La muerte de la mariposa»
Pietro Citati
Editorial
Gatopardo
104 páginas
14,95 euros

Francis Scott Fitzgerald

Nació el 24 de septiembre de 1896 en Saint Paul, Minnesota, EE.UU.

Dedicó su vida a la escritura y llevó hasta la obsesión ser un literato de renombre. «El Gran Gatsby» es su obra más celebrada.

El alcoholismo le persiguió siempre. Afectó a su matrimonio y su escritura.

Murió el 21 de diciembre de 1940 de un ataque al corazón.

Zelda Sayre

Nació el 24 de julio de 1900 en Montgomery, EE.UU.

La escritura y el baile fueron sus dos grandes ocupaciones. La danza le obsesionó tanto que terminó afectándole negativamente.

Sufrió una esquizofrenia que se agigantó con el paso de los años.

Murió el 10 de marzo de 1948 en un incendio en la clínica en la que estaba.

Llegado este punto, él, que decía que mientras estuviera con Zelda estaba abocado a beber sin descanso, era más una madre que un amante para ella.

Fitzgerald, que sabía que «las cosas resultan más dulces una vez que las has perdido», nunca se planteó abandonar a su esposa. Como le escribió a Scottie, «los enfermos mentales son

simples invitados en la tierra, eternos extranjeros que llevan consigo decálogos rotos que no saben leer». Sabía que su propósito era estar allí para leerlos. Se los resumió: «Deja de buscar alivio: no lo hay, y si lo hubiera, la vida sería cosa de niños».

El 21 de diciembre de 1940, Fitzgerald muere a los 44 años de un ataque al corazón. Su llave, Zelda, le acompañó el 10 de marzo de 1948. Murió carbonizada tras un incendio en la clínica en la que se recuperaba de su enfermedad. Y se unieron por última y definitiva vez en el sepulcro de la iglesia de Saint Mary. Allí, Scottie, conocedora de que su padre consiguió entender en los libros lo que no se explicaba en su vida, ordenó grabar la frase que cierra el más celebrado: «Y así, seguimos remando, botes contra la corriente, incesantemente arrastrados hacia el pasado».